

A black and white photograph of a street in New York City, likely Bowery, showing a tram track and vintage cars. The street is lined with buildings and has a tram track running down the center. The perspective is looking down the street, with the tram track leading the eye towards the horizon. The lighting creates strong shadows and highlights on the street surface.

# Majestuosamente solo: Rafael Bernal, Nueva York y el mal

Francisco Mercado Noyola

La avenida Bowery, en Nueva York, alrededor de 1940. (Fotografía: Lawrence Thornton / Archive Photos / Getty Images)

*Se dice que Bernal fue de derecha, que encapuchó a Juárez  
y que fue sinarquista, pero ¿eso qué importa si su obra literaria es valiosa,  
si cuestionó lo que a estas alturas nadie puede negar que estaba y está mal...*

VICENTE FRANCISCO TORRES

RAFAEL BERNAL, AUTOR RECORDADO casi unánimemente por ese hito en la novela negra mexicana llamado *El complot mongol* (1969), católico atormentado por las dudas de la fe, activista enemigo de la revolución institucionalizada, aparente reaccionario y antagonista de la figura histórica de Juárez, “lobo estepario” del *establishment* intelectual mexicano, enigma y contradicción viviente de las letras nacionales, fue trashumante de la geografía mundial y tránsfuga a través de la complejidad humana. Obsesivo combatiente en su obra, de la iniquidad, la deshumanización y la servidumbre impuestas por el hombre, de conformidad con sus principios se erigió en un militante sinarquista convencido. De modo que también fue el orador —leyenda negra de su biografía— que azuzó a sus correligionarios en un mitin frente al Hemiciclo para que encapucharan la estatua del Benemérito. Perteneció a la corriente católica cuya bandera de lucha era hacer extensiva la Reforma Agraria a los sectores desfavorecidos por el cardenismo, y plasmó este desencanto político en las novelas *Su nombre era Muerte* (1947) y *El fin de la esperanza* (1948).

Uno de sus críticos más entusiastas y acuciosos, Vicente Francisco Torres, dio a conocer en el suplemento *Sábado de Unomásuno*, en julio de 1987, el texto que Bernal había leído veinte años atrás en el tercer ciclo de “Los narradores ante el público”, organizado por el INBA y Joaquín Mortiz. En este documento, el propio Bernal negaba la facultad de juicio moral por parte del narrador en sus obras, así como propugnaba la expresión del ser humano como realidad y no como ideal. En este sentido, advertía la legítima grandeza del antihéroe moderno y la inverosimilitud del héroe clásico, considerando a éste un constructo de la soberbia y la dominación. Admitía también que su no pertenencia a ningún grupo intelectual de la época le había permitido seguir su propia búsqueda de la verdad en su obra, pesquisa que había ido evolucionando y tomando derroteros inclusive contradictorios. Percibía como virtud inherente a las letras “la perfecta caridad” del creador, que entrega a los otros su conocimiento del mundo, como una carta en una botella al mar. Sostenía

que una obra literaria poseía este carácter, susceptible de enajenación, exceptuando a la poesía, la cual seguía indefectiblemente el mismo sino de su creador. Es interesante, en consecuencia, reparar en el hecho de que los dos primeros alumbramientos de su musa fueron expresados en verso: la epopeya *Federico Reyes, el cristero* (1941) e *Improperio a Nueva York y otros poemas* (1943). Alfonso de María y Campos Castelló alude —después de la indignación de Bernal ante la intransigencia anticlerical de Calles y en los años posteriores a haber sido corresponsal de guerra para *Excelsior* y *Novedades* en París— al testimonio estético de su paso por la Babilonia del Hudson con las siguientes palabras:

Dos años más tarde, en 1943, ya de regreso a México, Bernal pasa de la denuncia cristera al grito anticapitalista. El tema no puede ser más cosmopolita, la ciudad de Nueva York; pero el tono es crítico y desgarrado, lo que, a pesar de sus orígenes sociales, lo aleja de la generación literaria que lo antecede, la de los llamados Contemporáneos. Así, bajo el exótico sello de Ediciones Quetzal —probablemente de su propia creación también—, *Improperio a Nueva York y otros poemas* retrata esa nueva jungla, la del asfalto; la urbe capitalista denigradora del hombre, racista y destructiva.

“Improperio a Nueva York. (Poema en tres barbaries y dos intermedios civilizados)” es el texto con el que abre este libro publicado en 1943. Se trata de una creación que guarda intensa afinidad con *Poeta en Nueva York* (1940) de Federico García Lorca. En su “Improperio...”, Bernal reivindica el placer lúdico matemático de Pitágoras y Euclides en contra de la deshumanización de la contabilidad empresarial; vislumbra en los bancos de arena de Long Island la naturaleza en venta de un río Hudson prostituido. Ve en la producción en serie la frialdad de las máquinas; así como evidencia en la gran urbe el caos y la barbarie en medio de la civilización, los miasmas deletéreos y los venenos de la polución industrializada. Gracias a su texto sabemos que Nueva

York contaba en aquel tiempo con siete millones de habitantes, signo de la explosión demográfica del siglo xx, de la devaluación de la vida humana que detonaba la alienación colectiva en las adicciones, que él advirtió en la gran ciudad. En el “Primer Intermedio” del poema, Bernal exalta a El Greco, espíritu egregio de la hispanidad cuya *Vista de Toledo* miró aprisionada en el Metropolitan Museum of Art, bastión del poder mercantil y el esnobismo norteamericanos. A García Lorca, doce años antes, Wall Street lo había impresionado por frío y por cruel; su visión le había parecido “un espectáculo terrible pero sin grandeza”. En Manhattan había compadecido el dolor de la negritud y había escrito la “Oda al rey de Harlem”, suerte de elegía por la opresión de la raza negra.

Rafael Bernal, también, siente en sus propios versos el duelo por la postesclavitud afroamericana, en medio de las noches festivas del Cotton Club, el Savoy Ball Room y las victorias pugilistas de Joe Louis. También escucha el llanto del Hudson, nostálgico por sus riberas vírgenes, habitadas por venados y tribus hijas del Gran Espíritu. Al igual que Lorca en su “Danza de la muerte”, Bernal vaticina en su poema la caída del imperio, sus edificaciones y sus símbolos. En el “Segundo Intermedio” invoca el espíritu de Edgar Allan Poe, haciendo referencia a sus vicisitudes y sufrimientos en esta ciudad y en su vida, su alcoholismo, la pérdida de su amada esposa y su hermandad con el profeta Elías, alimentado por los cuervos. Es sabido que Poe vivió en Nueva York de 1846 a 1849 en una pequeña cabaña en el Bronx. En 1847 murió de tuberculosis su esposa Virginia Clemm, inspirando con ello el angélico viaje de “Annabel Lee”.

Veinticuatro años más adelante de la publicación del *Improperio...*, en 1967, el Fondo de Cultura Económica publica la colección de cuento *En diferentes mundos*, la cual incluye el relato breve “Nueva York”. En éste se narra el viaje del joven empleado de banco Ricardo Estévez al desierto humano de Manhattan,

en una búsqueda que él mismo desconoce, en una fuga —acaso inconsciente— de la soledad y el desaliento. Después de cuatro días de vagar en franca decepción, Estévez decide tomar un tour que entonces comenzaba en la Tercera Avenida, “por las aguas sucias del East River”, y que enseguida pasaba frente al edificio de las Naciones Unidas. Ahí conoce a la joven israelita Judith Stein, quien deseaba rodear la iniquidad de la urbe desde el río, considerando que Nueva York era “el infierno de la soledad”. Estévez confiesa a Judith haber buscado un buen momento en esa gran ciudad cosmopolita, a costa de todos sus ahorros, consiguiendo sólo vagar como autómatas por el Morocco, el 21 Club y los bares de los hoteles Taft, Manhattan y Roosevelt, donde sólo había encontrado “ancianitas bebiéndose su neurastenia”, en palabras de su interlocutora. Por su parte, Judith confiesa a Ricardo que ella planeaba tomar el ferry hacia Staten Island en una tentativa suicida. Ella había ido a la gran isla del noreste —proveniente de una modesta familia judía de valores sencillos— en busca de su libertad, encontrando en su lugar “soledad en medio de toda [esa] inmundicia”. Ambos acuden después a cenar en un restaurante judío donde, en medio del milagro de la risa y la camaradería, departen y bailan en una noche mágica la pareja en ciernes, otros hebreos y un lavaplatos afroamericano. Más adelante en el relato, el autor escribe: “Unas horas antes del amanecer, Manhattan deja de ser Nueva York. Se vuelve íntimo, silencioso. Los taxis van de prisa, como ocultándose. Los que transitan en las calles, porque en esa ciudad el tránsito sigue día y noche, van callados”. Después de detenerse en Broadway, en contraesquina al Salvation Army, cruzan la avenida y siguen por la calle 42, en dirección hacia el río. Se detienen tomados de la mano, Judith confiesa a Ricardo que es una *call girl*. Éste deposita un beso en la frente de la joven, y en

la esquina la besa en los labios, ahuyentando así a la soledad “como [a] un gran pájaro negro”.

Ya en *El fin de la esperanza*, Bernal había mediatizado la imagen de la ciudad como la gran corruptora de los personajes provenientes del medio rural. Sin embargo, también había expuesto, en otros momentos de su narrativa, a la selva como la región de los miasmas insalubres que pervertían la naturaleza humana. La tonalidad lúgubre y desencantada de Filiberto García en *El complot mongol* —indudablemente su obra mejor lograda y menos maniquea— es ya gozosa celebración de los más oscuros resquicios de la psique humana y la urbe. No obstante es posible deducir, a partir de una visión general de la obra del narrador capitalino, que él perseguía con su escritura un manifiesto ético y estético; que al mismo tiempo que —como todo creador— buscaba la belleza en la expresión, también deseaba plasmar su angustia moral y teológica, así como dejar sentada una verdad con pretensiones universales, la de la nobleza del espíritu humano a ultranza, la del hombre “bueno por naturaleza”. De ahí, que toda aspiración babélica —como la de Nueva York, capital mundial del poder, la dominación y el lujo— había de concluir en una debacle moral, lógica y natural. Los placeres más simples, honestos y celebratorios de lo humano se hallan, en la lectura de Bernal, en la bondad y la sencillez. El mal se encuentra inoculado en los corazones de los soberbios y los ambiciosos, principal fuente humana del sufrimiento. En su carencia de una poética innovadora y artificiosa como manifiesto, en su ausencia de apego a normas estéticas rigurosas y en su falta de filiación al campo intelectual de su tiempo se halla su genial *naïveté*. En las condiciones actuales de la realidad nacional y mundial, se podría utilizar el imperativo de Judith Stein en el cuento “Nueva York” como anatema: “Hemos tachado la bondad como inservible. Vámonos”. 